

La Universidad Nacional y los fastos alemanistas



FELÍCITAS LÓPEZ PORTILLO T.

Sin duda alguna, uno de los grandes logros del controvertido régimen presidido por el licenciado Miguel Alemán Valdés (1946-1952) fue su apoyo decidido a la consolidación de la Universidad Nacional Autónoma de México como semillero del personal técnico y administrativo que precisaba el México moderno que afanosamente buscaba construir la nueva generación civil que llegaba al poder en la postguerra. Atrás quedaban los revolucionarios “prácticos” que, con base en su experiencia vital y social, trataron de remediar los males seculares de nuestro país a través de la lucha armada o de la conducción de ingentes masas populares que exigían se hicieran realidad las promesas revolucionarias. Ahora conducía al país un civilizado equipo de universitarios, representantes de una generación urbana, clasemediera, tecnócrata y escéptica en términos religiosos, como correspondía al país moderno e industrial que querían erigir.

La mejor prueba del apoyo del primer presidente civil de la era postrevolucionaria a su *Alma mater* fue la construcción de la Ciudad Universitaria, magnífico ejemplo de la madurez arquitectónica —y estética— de los profesionistas y artistas mexicanos. El sueño de una ciudad especialmente dedicada a las actividades universitarias venía desde los tiempos del rectorado de José Vasconcelos, pero no se concretó hasta este periodo, cuando el país se lanzaba a conquistar el futuro con un entusiasmo y una confianza que, vistos en perspectiva, asombran por su desbordado optimismo. La meta de estos años fue el crecimiento económico, sustentado en el principio ético de mejorar integralmente la calidad de vida de la población. Como expresó en su discurso de toma de posesión el licenciado Alemán, su programa de gobierno se proponía:

El enriquecimiento del país, la lucha contra la pobreza y la abolición de la miseria; el impulso de la salubridad nacional, la elevación del saber y la cultura en todos sus grados; el mantenimiento de las reformas sociales en favor de la clase laborante, las garantías al esfuerzo de toda empresa progresista, el fortalecimiento

de las libertades humanas y los derechos políticos y una administración de justicia expedita y honrada.¹

Para el gobierno alemanista era importante que el crecimiento económico corriera al parejo del desarrollo integral del ser humano y, por ello, era necesario mejorar y extender la educación a todo el pueblo, aunque durante el sexenio nunca se proporcionó a este rubro más de nueve por ciento del presupuesto.² No se abandonó la esperanza liberal en la acción redentora de la educación, la que, junto a la creación de infraestructura, era necesaria para homogeneizar y unir económicamente a la población y el vasto territorio de la República. Por eso, “la educación es y será la que tenga que dar la solución a la mayor parte de los problemas que aquejan a México”.³

La Universidad Nacional, fundada por don Justo Sierra en 1910, sufría frecuentemente crisis, producidas tanto por su calidad de representante del *ancient regime* como por los revueltos tiempos revolucionarios. En 1929 le fue concedida la plena autonomía, lo que significó la ausencia de subsidio estatal; la necesidad de atenerse a sus propias fuerzas ahondó los conflictos hasta 1945 cuando, con motivo de la promulgación de la Ley Orgánica redactada por Antonio Caso, pasó a ser un órgano descentralizado del Estado. Éste asumió la obligación de financiar la mayor parte de sus actividades y de respetar la autonomía —que significa la capacidad de la Universidad para gobernarse por sí misma, bajo sus propios lineamientos y condiciones— y la libertad de cátedra. A partir de esta fecha se inauguró un periodo de prosperidad, estabilidad y creciente importancia política y social de esta institución en el devenir histórico de nuestro país, situación que provocó comentarios de quienes

¹ *Los presidentes de México ante la nación. 1821-1966*, t. IV, Cámara de Diputados, México, 1966, p. 358.

² James W. Wilkie, *La Revolución mexicana (1910-1972). Gasto federal y cambio social*, FCE, México, 1978, p. 196.

³ Declaración de Miguel Alemán, *Excélsior*, 4 de marzo de 1949.

señalaban que la llegada de los letrados reeditaba la época de los “científicos” porfiristas. Ejemplo de ello es un editorial de la revista *Hoy*, a cargo del periodista José Pagés Llergo, donde se lee que, a dos años de iniciado el “gobierno de los licenciados”, el pueblo todavía espera los beneficios de su sabiduría: “Ciertamente surgieron bajo el clima de la Revolución, pero sería estúpido afirmar que crecieron al amparo de ella. Productos de una Universidad destroncada de la realidad de México, aprendieron en libros lo que sólo enseña la experiencia.”⁴ Por cierto, las críticas iban dirigidas hacia algunos secretarios de Estado, no hacia la totalidad del gabinete ni, por supuesto, hacia el titular del Ejecutivo.

A pesar de que el *Alma mater* del licenciado Miguel Alemán contó con la benevolencia gubernamental durante su sexenio, no todo fue miel sobre hojuelas en las relaciones de la academia con el poderoso de turno. Si bien es cierto que las autoridades universitarias contaron con su apoyo para la construcción de la Ciudad Universitaria, también lo es que la Universidad sufrió diversas arremetidas con el fin de doblegar la resistencia de sus autoridades y obtener así el cabal cumplimiento de los designios oficiales. Ejemplo de ello fue la destitución del rector Salvador Zubirán: había sido nombrado para tal puesto por la Junta de Gobierno en marzo de 1946; dos años después fue obligado a renunciar por medio de una violenta algarada estudiantil encabezada por estudiantes de derecho. Durante su rectorado se estableció el profesorado de carrera, se efectuó una exitosa “Campaña de los diez millones” para recolectar fondos, se dio un decidido impulso a la construcción de la Ciudad Universitaria y se institucionalizaron las bases de su futuro desenvolvimiento. Su exigencia de rigor académico, así como el aumento de la colegiatura—que se incrementó de 180 a 200 pesos—caldeó los ánimos entre los educandos.

Desde que la Universidad obtuvo la autonomía eran frecuentes los disturbios estudiantiles y el consiguiente cambio de autoridades casi cada dos años, con la inestabilidad que ello producía en la institución. El doctor Zubirán sucedió, en forma interina, al licenciado Genaro Fernández MacGregor, quien adujo motivos de salud en su renuncia a la Rectoría. Jesús Silva Herzog, miembro de la Junta de Gobierno en aquel entonces, escribió que quizá la destitución del doctor Zubirán se debió a que se negó a otorgarle el doctorado *honoris causa* al presidente norteamericano Harry S. Truman, quien visitó nuestro país en marzo de 1947. El rector de la UNAM consultó el asunto con la Junta de Gobierno, y se resolvió no dar cumplimiento a la petición presidencial.⁵ El Ejecutivo mexicano, en su visita de reciprocidad al vecino país un mes más tarde, recibió los doctorados en derecho de las universidades de Columbia y Kansas. El doctorado de marras fue otorgado por la Universidad de Guadalajara. El licenciado Alemán, astuto como era, aguardó la ocasión

para pasarle la factura al rector Zubirán, quien salió del país a fines de abril de 1948, con lo que puso fin a la persecución en su contra.

A pesar de este penoso incidente, las relaciones entre el Estado y la Universidad Nacional de México fueron óptimas durante el periodo. En junio de ese mismo año la Junta de Gobierno designó rector a Luis Garrido,⁶ reputado penalista, hombre culto y verdadero humanista, quien llevó las riendas de la institución hasta febrero de 1953, cuando presentó su renuncia. Punto culminante de su rectorado fue la celebración del IV Centenario de la fundación de la Universidad (el 21 de septiembre de 1551, por medio de Cédula Real, se fundó la Real y Pontificia Universidad de México, similar a la de Salamanca) y la ceremonia de la Dedicación de la Ciudad Universitaria, el 20 de noviembre de 1952.

El rector Garrido presidió un largo periodo de paz universitaria, el primero que se vivía desde hacía mucho tiempo; sin embargo, como es natural, se dieron algunas desavenencias durante su rectorado, como la renuncia de dos miembros del Patronato Universitario en diciembre de 1949: Gustavo P. Serrano y Carlos Sánchez Mejorada, quienes, alarmados por la precaria situación de las finanzas universitarias, pidieron se efectuaran mayores economías en la aplicación del presupuesto; también consideraron necesario aumentar las colegiaturas y ampliar las fuentes de financiamiento. El Consejo Universitario en pleno apoyó al licenciado Garrido con el argumento de que ya no era posible apretarse más el cinturón: los sueldos de los académicos y del personal administrativo eran muy bajos, y el mismo rector no cobraba los mil pesos mensuales a que tenía derecho por gastos de representación. Además, el citado déficit había sido causado por la devaluación de la moneda, ocurrida el año anterior.⁷

Las fastuosas celebraciones del IV Centenario de la Universidad fueron un buen pretexto para entonar loas a nuestros eximios gobernantes. Éstas dieron inicio el 19 de septiembre de 1951 con un homenaje de la intelectualidad mexicana al primer mandatario, de quien se enfatizó su carácter de revolucionario y universitario ejemplar. Más de doscientas instituciones de cultura de todo el país se dieron cita en el Palacio de Bellas Artes para ensalzar su cruzada en pro de la superación integral de los mexicanos. Ejemplo de su labor a este respecto era la exitosa culminación de la Campaña Nacional de Alfabetización, la creación del Comité Administrador del Programa Federal de Construcción de Escuelas y del Patronato Nacional de Construcciones Escolares (cuyos esfuerzos cristalizaron en la edificación de más de tres mil planteles), la fundación de numerosos institutos tecnológicos (en Chihuahua, Saltillo, Mon-

⁶ Escribe Silva Herzog a este respecto: “En los diarios capitalinos apareció en los días siguientes el *curriculum vitae* del nuevo rector, que se puede y se debe calificar de brillante: un profesor de prendas excepcionales a la vez que un intelectual de primer rango.” Silva Herzog, *op. cit.*, p. 99.

⁷ El presupuesto universitario para 1949 fue de quince millones de pesos, pero se gastaron 18 160. El presidente de la Federación Estudiantil Universitaria, Carlos Torres Manzo, apoyó al Consejo Universitario en su litigio con los renunciados (*Novedades*, 31 de diciembre de 1949).

⁴ *Hoy*, núm. 579, 27 de marzo de 1948, p. 7.

⁵ “Zubirán nos hizo caso y no hubo doctorado para el verdugo de Hiroshima y Nagasaki”. Jesús Silva Herzog, *Una historia de la Universidad de México y sus problemas*, Siglo XXI, México, 1990, p. 95.

terrey, Guadalajara, Durango, Ciudad Madero, Orizaba y Celaya) y la dotación de modernos laboratorios al Instituto Politécnico Nacional (IPN), junto con la construcción de la flamante Ciudad Universitaria (*of course*). Como parte del homenaje, se encareció la erección del pabellón de México en la ciudad universitaria de París, destinado a dar alojamiento a los estudiantes mexicanos de posgrado residentes en aquella ciudad, y la creación del doctorado en Derecho,⁸ y de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, así como la fundación de la Escuela de Capacitación de empleados de prisiones. Aprovechando el viaje, también se le reconoció al Ejecutivo la celebración del Primer Congreso de Academias Nacionales de la Lengua Española—reunión que no contó con la asistencia de la representación de la España franquista, pero sí con la de Filipinas—, efectuado para conmemorar un aniversario más de la muerte de Miguel de Cervantes. En esos años se crearon el Instituto Nacional de Bellas Artes y el Nacional Indigenista, los museos de Artes e Industrias Populares y el Nacional de Artes Plásticas; asimismo, se celebró la primera exposición de arte mexicano en Europa, la que corrió a cargo de Fernando Gamboa.

La UNAM, el IPN y el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) organizaron el solemne acto, que presidieron, junto con políticos y secretarios de Estado, Salvador Novo, el anteriormente citado Fernando Gamboa y Silvio Zavala. El líder del magisterio, Jesús Robles Martínez, aseguró al licenciado Alemán: “En ningún momento el fallo de la posteridad le será adverso, porque ha realizado en todos los órdenes de la actividad del Estado una obra sin paralelo.” En su turno, el rector Garrido apuntó que el homenaje era un acto de “estricta justicia”:

Podemos declarar de modo rotundo que durante su gestión ha recibido la enseñanza mexicana el mayor auge de su no interrumpida prosperidad. Alemán no ha olvidado un solo momento que es un universitario y un intelectual. Ha dotado al pueblo que democráticamente lo eligió de una evidente prosperidad material y una prosperidad espiritual, madurada en las mejores obras.⁹

Los festejos por el IV Centenario de la Universidad duraron varios días. El 20 de septiembre se celebró la Asamblea Extraordinaria de la Unión de Universidades Latinoamericanas, reunión que contó con la representación de cincuenta y tres universidades latinoamericanas, así como de algunas de sus homólogas europeas y estadounidenses. Se inauguró asimismo la asamblea del Consejo Interamericano Cultural de la Organización de Estados Americanos (OEA), que versó sobre la manera de atacar el problema del analfabetismo en la región, y el Congreso Científico Mexicano, dedicado a analizar lo que se había efectuado en nuestro país en los últimos cincuenta años en favor del desarrollo de estas disciplinas.

El momento culminante de los festejos tuvo lugar el 21 de septiembre, declarado día de fiesta nacional, motivo por el cual cerraron las dependencias públicas.¹⁰ En la mañana de ese día, en el patio de la Facultad de Filosofía y Letras, en Mascazones, tuvo lugar el homenaje de la Universidad a sus fundadores. Ante la estatua de fray Alonso de la Vera Cruz desfilaron los togados, quienes le depositaron una ofrenda floral en presencia del cuerpo diplomático y de rectores de universidades de los estados de la República y del extranjero. El coro de la Escuela Nacional de Música entonó, en latín, el *Magnificat* de Hernando Franco, compositor del siglo XVI. El doctor Antonio Gómez Robledo tuvo a su cargo la síntesis histórica de la Universidad durante cuatro centurias, lo que realizó en un lapso de cincuenta minutos ¡en latín! Samuel Ramos hizo lo propio con la vida de Alonso de la Vera Cruz, “pionero de la filosofía en México”, pero en español. Por la noche, en Bellas Artes, tuvo lugar la sesión solemne—de rigurosa toga—. Tomaron la palabra Jean Sarrail, rector de la Universidad de París, Jaime Torres Bodet, a la sazón director de la UNESCO—lo que no dejó de ponderarse: un mexicano dirigía la máxima instancia cultural en el mundo—y don Luis Garrido. Este último defendió la celebración contra las críticas que señalaban que, propiamente, la Universidad había sido fundada por Justo Sierra en 1910:

Esta fiesta no es la apoteosis de cosas viejas, arcaicas, frente a los nuevos ambientes y medios de vida. Aspira a recordar que hace cuatro centurias, en estas vastas tierras americanas, se encendió la luz de la cultura, y desde entonces, como antorcha inextinguible, la Universidad ha iluminado los caminos de la Patria, compartiendo sus dolores y alegrías, dando ejemplos de abnegación, lecciones de moral y la constante incitación de poner el saber al servicio de México, y de utilizar los conocimientos en bien de la humanidad.

No dejó pasar la ocasión de anotar que, cuando en la Nueva España se acogía “la simiente de la civilización occidental”, en las naciones hoy poderosas “reinaban aún el silencio y la barbarie”. A su vez, el director de la UNESCO expresó:

Un aniversario, señores, es siempre una cita con el destino. La Universidad Nacional Autónoma de México acude a esta cita con entusiasmo y lealtad. Un pasado ilustre la induce a superarse. Un inmenso futuro le aguarda en esa Ciudad Universitaria, cuyas obras vemos con pasmo. Sobre el paisaje austero elegido para su construcción, los edificios de esa ciudad del mañana son el mejor testimonio de la fe que el pueblo y el gobierno de México depositan en los valores del espíritu.¹¹

⁸ “Creado bajo los auspicios del doctor Alemán, el primero de sus titulados, no como merced inspirada por la gratitud, sino por su propio merecimiento” (Garrido *dixit*). *El Nacional*, 20 de septiembre de 1951.

⁹ *El Nacional*, 20 de septiembre de 1951.

¹⁰ En el decreto presidencial alusivo a tal fecha se lee: “El abolengo cultural de tan importante casa de estudios amerita que el acontecimiento se celebre con el concurso de todos los habitantes de la República.” *El Nacional*, 20 de septiembre de 1951.

¹¹ *El Nacional*, 22 de septiembre de 1951.

En la ocasión se otorgaron veintitrés doctorados *honoris causa*; seis se concedieron a mexicanos: Alfonso Reyes, Jaime Torres Bodet, José Vasconcelos, Enrique González Martínez, Ángel María Garibay y Manuel Gamio. Entre los extranjeros destacaban el citado Jean Sarrailh, Norbert Wiener, John Dewey, Paul Rivet, Alfred V. Kidder y Otto Struve, entre otros. Al día siguiente el presidente de la República visitó las obras de la Ciudad Universitaria e inauguró los V Juegos Deportivos Estudiantiles; posteriormente se trasladó al puerto de Acapulco, para permitir descansar después de tanto festejo a Palas Atenea.

Luis Garrido terminaba su rectorado en mayo de 1952; el secretario de la Presidencia, Rogerio de la Selva, llamó a los integrantes de la Junta de Gobierno para solicitarles, por instrucción presidencial, se le reeligiera a Garrido para que se mantuviera en el cargo hasta el término del sexenio. Todos estuvieron de acuerdo; “en aquellos momentos no sabíamos que la reelección condicionada de Garrido se relacionaba con la solemne ceremonia de la Dedicación de CU, el 20 de noviembre”.¹² Otra vez se echó la casa por la ventana (aunque las obras estaban concluidas sólo en ochenta por ciento). A la ceremonia concurrieron, de toga y birrete: los rectores de universidades de los estados y el cuerpo diplomático en pleno, así como quince mil estudiantes universitarios de todo el país, amén de invitados especiales de todo el mundo. Carlos Novoa, presidente del Patronato Universitario y director del Banco de México, declaró en la ocasión que el presidente Alemán “quiso reunir en una misma fecha resplandeciente la revolución política, la revolución industrial y la revolución espiritual de México”.¹³ Acotó que no se trataba tan sólo de la edificación de un nuevo recinto, de una nueva casa para la Universidad: “Forjar el alma importa para nosotros mucho más que amueblarla, porque se trata del alma de las juventudes de México, sin las cuales no tendría sentido esa noción de futuro en que se trasunta nuestro afán de patria.”¹⁴

La ceremonia de la Dedicación fue parte de las festividades realizadas para despedir al licenciado Miguel Alemán de la primera magistratura del país; punto culminante de las mismas fue la develación de su estatua en la Ciudad Universitaria. La escultura, que lo representaba togado y con un libro en la mano, fue obra de Ignacio Asúnsolo, quien la tuvo que modificar porque el perfil tenía un vago parecido al de José Stalin. A mediados de junio de 1951 se había constituido el Comité Universitario de Homenaje al Señor Presidente de la República, presidido por el doctor y senador Alberto Trueba Urbina; este comité fue el responsable de la ejecución de tan brillante idea.

En sus memorias, el ex presidente Alemán asienta que la construcción de la Ciudad Universitaria era un viejo sueño acariciado por todos los universitarios, pero que le había correspondido a él hacerlo realidad, algo de lo que se consideraba muy afortunado. Afirma que se hizo porque se pudo hacerla, con toda la dignidad y la grandeza que correspondían a una obra de esta

categoría; se invirtieron en su construcción cerca de ciento cincuenta millones de pesos, sin perjuicio para la economía nacional.

En su momento, hubo expectación por lo que los obreros, arquitectos, ingenieros y artistas mexicanos llevaban a cabo: “La edificación de una ciudad enteramente destinada a la formación profesional de sus nuevas generaciones”.¹⁵ Como observa un estudioso de estos temas, en el conjunto arquitectónico se logró la integración plástica de arquitectura, pintura y escultura: “Es indiscutible que representa un momento de gran creatividad arquitectónica, en correspondencia con la marcha del país. Hoy ya no se proyecta de la misma manera ni con los mismos recursos plásticos. Aquel momento quedó atrás.”¹⁶ También quedaron atrás los cálculos sobre la población estudiantil que podría albergar: el cupo se calculó en treinta mil estudiantes, cincuenta por ciento más de los que existían en ese momento.¹⁷

Se tuvieron que construir importantes vialidades para enlazar la nueva sede de la Universidad con el resto de la ciudad; a pesar de lo anterior, cuando se efectuó el traslado, en 1954, muchos estudiantes y profesores estaban renuentes a moverse hacia el sur, a pesar de la esplendente modernidad arquitectónica que se les ofrecía. Estas resistencias fueron salvadas; como escribe Carlos Monsiváis, “la Marcha hacia el Sur, el abandono del Primer Cuadro, es una expedición ética y estética. Es inmoral vivir como en el virreinato, es horrendo estudiar en donde no hay campus”.¹⁸

El evidente espaldarazo presidencial a la gestión de Luis Garrido haría pensar que éste aprovechó la alta estimación de la “generación universitaria” hacia su *Alma mater* para llevar agua a su molino. Al contrario, se coincide en señalar que se trataba de una persona recta, bien intencionada y que trabajó intensamente por la institucionalización y consolidación de la Universidad Nacional, a la que buscó ligar con sus congéneres latinoamericanos y de otras latitudes, especialmente de países con culturas similares a la nuestra, como España, Francia e Italia.

En el ámbito nacional, apoyó la creación de la Asociación Mexicana de Universidades e Institutos de Enseñanza Superior. Fue periodista, ensayista, escritor, presidente de la Asociación Nacional de Abogados, de la Academia Mexicana de la Lengua, de la Academia Mexicana de Derecho Penal y durante más de quince años miembro de la Junta de Gobierno de la UNAM; a mediados de la década de 1970 asentaba que en México habíamos “ganado en preparación técnica, pero no en adelanto moral. El problema de la justicia sigue en pie y la burocratización no tiene límites”.¹⁹ Crítico de las “torres de marfil”, abogó siempre por la ligazón de la Universidad con la sociedad que le daba origen y sustento, y que era su razón de ser. ♦

¹⁵ Miguel Alemán Valdés, *Remembranzas y testimonios*, Grijalbo, México, 1987, p. 320.

¹⁶ Juan B. Artigas, “Los edificios de la UNAM”, en *Memoria del Segundo Encuentro sobre Historia de la Universidad*, CESU-UNAM, México, 1986, p. 145.

¹⁷ *Ibid.*, p. 146.

¹⁸ *Los Universitarios*, tercera época, núm. 34, abril 1992, p. 7.

¹⁹ *El Universal*, 1º de octubre de 1965.

¹² Jesús Silva Herzog, *op. cit.*, p. 117.

¹³ *El Nacional*, 21 de noviembre de 1952.

¹⁴ *Excelsior*, 21 de noviembre de 1952.